

Igor Vivero Ávila

Los partidos políticos mexicanos después de las elecciones de 2009: retos y perspectivas

Los resultados de las elecciones mexicanas de 2009, en las que estaba en juego la renovación total de la Cámara de Diputados, implicaron una modificación en la distribución del poder: el opositor Partido Revolucionario Institucional (PRI) y sus aliados en este proceso lograron controlar la mayoría, que ya poseían en el Senado, completando así su dominio en ambas cámaras del Congreso. El resultado limita al gobierno del presidente Felipe Calderón, del Partido Acción Nacional, para poder llevar a cabo su plan de gobierno, que incluye una serie de reformas, como la energética, la laboral y la fiscal, por citar sólo algunas. Además, en la desbocada carrera por la sucesión presidencial, este panorama le resta posibilidades reales de ser la figura política dentro de su partido que administre y conduzca las diferencias entre los aspirantes a la presidencia.

El pasado proceso electoral de julio invita a reflexionar sobre cómo fue posible la recuperación electoral para el PRI, qué implicó el resultado electoral para cada uno de los partidos que participaron, cómo se ha construido la estrategia de alianzas entre los partidos “fuertes” y los “emergentes” y, finalmente, si el sistema de partidos mexicano sigue siendo competitivo. Estos son los principales cuestionamientos que guían este ejercicio e invitan a la discusión.

Antecedentes

Según la constitución mexicana, la Cámara de Diputados se renueva total-

mente cada tres años. La elección es mixta, ya que 300 diputados son electos por mayoría en distritos uninominales y 200 por el principio de representación plurinominal (por listas). Como breve antecedente electoral, conviene subrayar que en México se empezaron a vivir elecciones competitivas a nivel federal a partir de 1988, donde por primera vez en la historia del Partido Revolucionario Institucional, partido dominante desde 1929 (que primero se llamó Partido Nacional Revolucionario y, posteriormente, Partido de la Revolución Mexicana), existió la posibilidad de que otra fuerza política desafiara su hegemonía electoral. El resultado de la elección de 1988 y posteriores sucesos políticos permitieron acelerar la transformación electoral con la creación de nuevas instituciones políticas.

Desde 1988 hasta 2006, el PRI fue disminuyendo paulatinamente su caudal electoral, comenzando por un 51,02 por ciento en aquel año hasta un 26,93 por ciento en 2006 (Instituto Federal Electoral). El descenso electoral del PRI, implicó mayor competencia partidaria. Así, el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) fortalecieron sus estructuras electorales que les brindaron triunfos.

En el caso del PAN, éste creció electoralmente con un 18 por ciento de la votación en 1988 a casi el 40 por ciento de los votos en el año 2000, lo que le permitió ganar por primera vez la presidencia de la república, algo que se refrendó nuevamente en 2006, aunque esta vez con un porcentaje menor.

El PRD participó por primera vez en las elecciones intermedias de 1991 obteniendo alrededor del 8 por ciento de la votación y obtuvo su mejor resultado en las elecciones de 2006, donde consiguió el segundo lugar con el 36 por ciento de la votación (la diferencia entre el primer y

segundo lugar en esta elección fue menos de un punto porcentual).

Con la elección parlamentaria de 2009, donde el PRI obtuviera el 36,68 por ciento de los votos, se puede apreciar el repunte del PRI, respecto a la elección de 2006, para situarse como el partido con mayor votación. Aunque este resultado por sí solo no le dio el control automático de la mayoría en la Cámara de Diputados, puede alcanzarlo a través de alianzas con partidos minoritarios. El PAN y el PRD, en cambio, son los partidos que disminuyeron considerablemente su votación en esta última elección, pero sobre todo su presencia en la Cámara respecto a la Legislatura anterior. Para el caso del PAN, las elecciones muestran el desgaste de la gestión presidencial, con su poca efectividad para mostrar resultados, sumado a la crisis económica que impactó en la disminución del poder adquisitivo y la pérdida de empleos en un sector importante de la población mexicana. En lo que respecta al PRD, este partido vive uno de sus momentos de mayor división interna, entre su ex candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y la dirigencia del partido. Esta situación llevó a postular a militantes del PRD afines a AMLO por otras fuerzas políticas como el Partido del Trabajo (PT) y Convergencia (C).

La distribución del poder en la Cámara de Diputados

El PRI es el partido que siempre se ha beneficiado más en las elecciones para distritos uninominales de mayoría. Salvo en la elección de 2006, en todos los demás resultados ha quedado en primer lugar en estas elecciones. Esto es consecuencia de ser el único partido con una estructura nacional producto de sus más de 70 años de binomio “partido político-gobierno”.

En otras palabras, las particularidades de la legislación electoral mexicana han permitido una cláusula de gobernabilidad que beneficia al PRI. Para la última integración de la Cámara, con un poco más del 36 por ciento de los votos, el PRI tiene el 47 por ciento de la representación en el Congreso.

Este partido, sin hacer un ejercicio notable de transformación desde que perdió en el año 2000 las elecciones para la presidencia de la república, ha logrado mantenerse en la disputa por el poder. En 2006 tuvo su resultado electoral menos favorable, producto de las divisiones internas que causó la selección de su candidato presidencial. La sucesión presidencial es el talón de Aquiles de este partido en el sentido que, antes del año 2000, el presidente de la república emanado del PRI decidía quién lo sucedería. Al perder la presidencia, esta atribución se diluyó y hasta el momento, los priístas no han construido un mecanismo que les permita dirimir los conflictos producto de la competencia interna para elegir a su candidato presidencial.

Lo que sí aprendieron, sin embargo, fue a construir alianzas con partidos emergentes que no cuentan con base electoral, como el Partido Verde Ecologista de México (PVEM), el cual funciona como una franquicia ofreciéndose al mejor postor. El acuerdo entre estas fuerzas políticas puede sintetizarse de la siguiente forma: al PRI, partido que obtiene más diputados por el principio de mayoría, se le asignan menos diputados por la vía plurinominal. Por esto, logró presentar candidatos en la lista del PVEM, a cambio de formar algunas coaliciones que le garanticen a este último partido votos para mantener su registro. Este acuerdo electoral tiene como incentivo tener acceso a los recursos públicos que permitan al partido seguir participando en la vida política

mexicana. La legislación mexicana señala que el partido que no obtenga más del 1,5 por ciento de los votos pierde su registro y, con ello, el cuantioso financiamiento público que otorga el Estado mexicano. Recordemos que en México, el 90 por ciento del financiamiento público es para los partidos políticos.

Por su parte, el PAN enfrenta varios retos para intentar mantenerse en el gobierno federal después de las elecciones de 2012. Por un lado, el partido no logró construir alianzas tanto en el plano electoral como en el ámbito legislativo. Aunque es lógico que los partidos de oposición en un sistema presidencial no quieran pagar el costo de aliarse al gobierno, el PAN no consigue ser un partido que apoye a sus gobiernos en el sentido de mantener sus logros electorales o tener una bancada legislativa capaz de tender puentes desde el Congreso con otras fuerzas políticas. Por otro lado, hay dos decisiones que, intuitivo, llevaron al fracaso panista en la última elección. Primero, el afán del presidente Calderón de influir en las decisiones internas del partido, específicamente en la selección de líderes y candidatos. Esta facultad que tuvieron los presidentes priístas, no está ejercitada en la historia del PAN, lo que provocó que el presidente Calderón pudiera seleccionar al dirigente del PAN (Germán Martínez y posteriormente César Nava) al costo de divisiones internas en el partido. El PAN sigue pagando el costo de tener una curva de aprendizaje dilatada en el ejercicio del poder. Este partido, desde el año 2000 en que ganó la presidencia de la República, no quiso desarrollar otra forma de hacer política en México, es decir, mantuvo los vicios del sistema político no democrático (corporativismo, corrupción pública, censura) y se extravió en los laberintos del poder.

El caso del PRD se destaca por lo que ha sido la historia de la izquierda política

mexicana: las constantes divisiones internas que, con el paso del tiempo, llevan a la escisión. Este partido y su ex candidato presidencial no pudieron superar el resultado de las elecciones de 2006 donde quedaron en segundo lugar con menos de un punto porcentual de diferencia, es decir, se ataron al pasado y desaprovecharon la oportunidad que les brindaba el presente. Su decisión fue la de buscar al culpable de la derrota electoral afuera del partido sin querer reconocer que sus deficiencias internas contribuyeron a no ser exitosos en el resultado electoral de 2006 y así llegaron aún más divididos a la cita electoral del año 2009 con el ex candidato presidencial y su partido enfrentados. El conflicto fue tan serio que el primero buscó y logró concertar alianzas con otros partidos políticos, como el Partido del Trabajo y Convergencia, para incluir a sus allegados en candidaturas. Esto trajo como consecuencia que la llamada izquierda política mexicana no sólo compitiera internamente por las candidaturas, sino que, además de no tener el apoyo de los disidentes internos, saliera a la elección nacional con mas competidores que apoyos. El PRD es un partido que a lo largo de sus 20 años de formación, cada vez que pasa una elección busca el espacio de refundación. En otras palabras, su inconsistencia es una de sus principales limitaciones para crecer como organización política.

Si los tres principales partidos políticos en México tienen algunas de las limitaciones comentadas, los demás partidos –Partido Verde Ecologista de México (PVEM), Partido del trabajo (PT) y Convergencia (C)–, que nacieron en el período del cambio político de finales de los años ochenta, se destacan por ser franquicias políticas que no están dispuestas a desarrollarse como partidos políticos en el sentido de invertir en cuadros, construir ideas y argumentos propios. Estos partidos han

dejado pasar la oportunidad más importante por la que surge un partido político: convertirse realmente en agregadores de intereses sociales para la vida política.

De los partidos emergentes, el Partido Nueva Alianza (PANAL) tiene un origen y composición diferente en el sentido de que proviene del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), la organización más numerosa de América Latina con aproximadamente un millón doscientos mil afiliados. Esto le provee al partido una base electoral y financiera importante, por lo cual se vuelve un aliado muy atractivo para los partidos más importantes. Sin embargo, PANAL opera en las prácticas corporativas del sistema político mexicano, donde la discrecionalidad de los recursos y la verticalidad de las decisiones son sus pilares fundamentales.

Reflexión final

Finalmente, a la pregunta que se planteara al comienzo sobre si México mantiene un sistema de partidos competitivo, como se desprende de lo expuesto en este

ensayo, se puede argumentar que sí. No existe la hegemonía electoral que disfrutó el PRI durante más de 70 años. Incluso ganando la mayoría legislativa, el PRI necesita de otros aliados y tiene una competencia real con los otros dos principales partidos, el PAN y el PRD. Asimismo, la competencia electoral no implica que los partidos se comporten dentro de una lógica democrática al interior de sus organizaciones, más bien cumplen uno de los roles fundamentales de estas organizaciones: la búsqueda del poder. Vale la pena recordar que los partidos son fundamentales para las democracias representativas y dentro de ellas existen principios y valores que la conforman. La competencia entre partidos es un componente importante, pero este comportamiento no puede estar aislado de una de las funciones fundamentales de los partidos políticos: la capacidad de gobernar. En esto, los partidos políticos mexicanos han mostrado más sombras que luces.

Igor Vivero Ávila es profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico: ivivero@yahoo.com.